

el césped... El maestro se quejaba amargamente: «no he conocido vuestra Argentina...» Al principio, hablaba con entusiasmo de ir al Perú, a conocer de cerca al indio; soñaba con llegar hasta México, y especialmente a Yucatán. Pero el viaje al Perú no se realizó. ¿Fue la fatiga? ¿O—como yo creo—el disgusto de conocer los motivos impuros que se mezclaban a la glorificación de Ayacucho, donde almas plebeyas con delirios de aristocracia han ido a cantar las loas de la fuerza innoble?

De visitar a Tagore se sacaba una impresión extraña. Los occidentales hemos perdido la aptitud para hablar ingenuamente; no queremos repetir las verdades eternas sino inventar cada día verdades diminutas y complejas que deslumbran a los lectores de muchos libros. No es de buen tono insistir en «lo que todos saben», aunque veamos que se les olvida, que en la verdad de su corazón no saben lo que debieran saber... Y Tagore viene a predicar el amor, la verdad, la unidad, la sencillez, mientras a veinte kilómetros de distancia, en la capital, no se piensa sino en el placer y la vanidad, y los pocos que piensan en los demás se ven obligados a proceder como quería Nietzsche, a olvidarse de la compasión para no ser arrollados como débiles. Yo sé de mí, y de los que conmigo fueron, que después de oír a Tagore salíamos dispuestos a hacer el bien, el poco bien que nos tolere la organización capitalista e individualista de la sociedad moderna. Y lo cumplimos.

E. P. GARDUÑO.

Introvisión

Hoy está alegre mi corazón.
Un chorro de sangre cálida
ha brotado del fondo de mi espíritu,
y se ha desparramado por todos mis sentidos.

He abierto a la celeste claridad de este día
las ocultas ventanas interiores.
Y olvidando las serias disciplinas mentales—
lejos de vuestra sombra, filósofos amigos—
he dicho: Voy a amar, voy a amar hondamente,
voy a amar como aman los pájaros cantores,
voy a amar como el viento, como el sol y la lluvia.
Amarlo todo, todo, con divina inconsciencia.
Y quiero, en mi exaltado delirio panteísta,
sentirme hoja de yerba, corazón en la bruma,
fulgor en el reflejo cristalino del sol;
multiplarme en la entraña fecunda de la tierra;
ser raíz de una ceiba vetusta;
ser ala de un cóndor,
y elevarme, elevarme, elevarme
más allá de los cielos...

¡Oh mi alegría blanca! ¡Mi alegría sin nombre!
Yo pensé que jamás vendrías a mis tristes
balcones enlutados. ¡Te soñé tantas veces!...

Obedeciendo el negro designio de mi suerte,
fue mi niñez tan grave, tan desolada y yerma...
No supe de esa amable
edad en que la Vida tiene toda la gracia,
todo el color de una fragante primavera.

Pero al fin has venido; pero al fin has venido,
cuando ya te creía perdida para siempre...

VICENTE GEIGEL-POLANCO

Santurce, Puerto Rico.

(Envío del Autor).

Un ideario americano

CELEBRA en este día (1) la República Argentina el aniversario glorioso del primer grito lanzado en Buenos Aires contra el poder ultramarino. Como todos los países de la América indo-latina, tuvo aquella República sus horas oscuras y sombrías, sus épocas sangrientas,—en que se destaca la figura vigorosa y siniestra de don Juan Manuel Rosas,—sus años de anarquía, pero hoy es ya una Nación fuerte, rica, poderosa, que pesa en el mundo, y cuya capital es la primera ciudad de habla española y uno de los grandes centros del universo. Con sus nueve millones de habitantes, su enorme capacidad económica y su creciente cultura, la Argentina ha entrado con paso firme en una vía de auténtica grandeza, al amparo de sus instituciones democráticas, y la rige hoy discretamente un estadista sereno, el señor de Alvear, que si tiene una personalidad menos robusta y dominadora que el señor Irigoyen, vino en cambio en momento oportuno a contrapesar lo que de gobierno personal había tenido el régimen de su antecesor y a establecer normas más amplias, que pudieran realizar la cordialidad entre los partidos y el tranquilo desarrollo de la Nación.

La prosperidad de la Argentina es motivo de optimismo para cuantos acarician como un supremo ideal el engrandecimiento de América, de esta América Nuestra que cantó José Martí y que ha ido creciendo en surcos de dolores, trabajos pero auténticamente. Ha tenido ella, como todos los pueblos de la tierra, una niñez borralesca; la han afligido los tiranuelos, que aún subsisten para vergüenza de todos en ciertas partes, y la han devastado las revoluciones; ha tenido incontables impulsos de locura y largas horas de indolente abandono, en que el tropicalismo tomaba el aspecto de la indiferente molicie criolla que abomina el esfuerzo, pero poco ha ido subiendo la agria cuesta, y un abismo nos separa de la América pobre, ignorada y convulsa de hace medio siglo. Padecemos la enfermedad genuinamente española, descrita por Larra en frases perennes, de hablar mal de lo propio y de criticarlo acerbamente, pero una confrontación de hechos destruye esa manía y pone de relieve los avances realizados. ¿Cuánto hemos avanzado nosotros en medio siglo? ¿Cuál será nuestro desarrollo al concluir los grandes ferrocarriles iniciados? Si la política lleva al pesimismo, el examen desinteresado e imparcial de los hechos reafirma la esperanza orgullosa, no sólo para nosotros, sino para toda la América.

Al pensar en la Argentina el recuerdo fatalmente se detiene en sus grandes hombres, en uno principalmente, que al sentar las bases para la organización de su patria, habló para todos los pueblos hermanos. Los pensamientos de Alberdi constituyen el mejor ideario de americanismo que pueda imaginarse. Con el más puro criterio liberal,—de ese liberalismo clásico que hoy parece sufrir un eclipse entre los impulsos apasionados de los opuestos bandos extremistas, pero que es la cumbre serena del más generoso pensamiento,—con la visión amplia de las necesidades de América, Alberdi pidió que ella fuera hogar abierto a todos; que sus hombres directivos procuraran traer a ella los principios de cultura aquilatados por las viejas civilizaciones; que se persiguiera el progreso como la condición indispensable de la independencia y de la verdadera libertad.

Alberdi consideraba el problema continental esencialmente como un problema de economía. «El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser, decía, el hombre formado para vencer al grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el de-

(1) Lunes 25 de mayo de 1925.